

Novela sin final

Resultó intrigante vagar por las estrechas callejuelas hasta llegar a la calle Anezsca, aquella noche que fuimos a casa de León Jkonovich, nuestro enlace.

André y yo entramos en la casa, después de atravesar un espacioso portal porticado, León apareció perfectamente vestido, nos saludó y nos hizo pasar al salón.

—Supongo que no ha habido ningún problema —dijo León

—No, nada especial, venimos a lo nuestro —respondió André.

—Aquí lo tenéis.

Cuando André se disponía a coger la carpeta, se oyeron pasos y una mujer entró en el salón. Alta y muy elegante, al quitarse el sombrero, sus ojos mostraban todavía el brillo de la juventud. Era realmente hermosa. Mi corazón empezó a latir apresuradamente, la había visto en algún sitio, no podía recordar dónde.

—Buenas noches—dijo, quitándose los guantes de piel, al tiempo que se sentaba al lado de León, y le daba un beso en la boca.

Este la separó con brusquedad.

—Déjame, no es el momento adecuado.

—¡Uy! ¿Qué hacéis aquí? —Dijo la mujer, al tiempo que nos miraba.

—Te he dicho mil veces que no interfieras cuando estoy trabajando—Le recriminó León.

André y yo nos miramos, no sabíamos cómo reaccionar. Mi mente seguía buscando en el tiempo ese hermoso rostro.

—Quiero saber qué tramáis— dijo ella.

—No es de tu incumbencia. —Contestó León, enérgicamente. Vete Amelie o tendré que echarte a la fuerza.

Al oír el nombre, recordé los momentos vividos pendiente de ella. Mis asiduas visitas al teatro Yiddish para ver actuar a la mediocre, pero hermosa Madame Tschissik. Fue mi amor platónico durante una de mis etapas vividas en Praga.

¿Qué hacía allí?— Pensé.

Amelie se levantó, nos miró con indiferencia y se largó.

—No tenéis que preocuparos. Aquí tenéis los manuscritos, dadme el dinero y serán vuestros —acabó diciendo León

—Primero tenemos que examinarlos y comprobar su autenticidad—dijo André.

Sigilosamente alargó el sobre; André fue sacando las páginas y leyendo con detalle cada uno de ellas, después me las iba pasando.

Las mágicas palabras del autor deambulaban delante de nuestros ojos. Era asombroso. No dábamos crédito, estábamos delante de lo que llevábamos años buscando. Ahora, lo teníamos al alcance de la mano.

Como dijo Max Brod, cuando conoció al autor del manuscrito, estábamos delante de algo extraño, sublime y maravilloso en todas sus formas.

—¿Comprobado? Son auténticos, ¿no?—Nos preguntó León.

Estábamos sin habla. Le entregamos el dinero. León lo contó. Le dimos la mano y salimos a la calle. Lo habíamos conseguido, ahora podíamos publicar la novela completa. Iba a ser un bombazo, nadie en el mundo literario tenía ni idea de lo que les aguardaba.

—“Solo merece la pena leer libros que te hieren”, como bien decía Kafka, nuestro intrigante autor. Así era ese final, tal como él lo había escrito.

Al salir la calle, nos pareció más estrecha. Oímos un siseo, no hicimos caso, íbamos exultantes, nada podía salir mal. De nuevo otro siseo; giré el rostro y allí estaba ella, Madame Tschissik ...riéndose.

—¡Ingenuos!, os ha engañado, ese no es el auténtico manuscrito —nos dijo, mientras mantenía la sonrisa en su rostro.

—¿Y tú, qué sabrás de esto? ¿Conoces al autor? —Le reprochó André.

—¡Ah, el autor! Estuvo tan enamorado de mí que iba al teatro todas las noches a ver mi actuación. Sólo yo conozco el verdadero final de esa novela. Si os interesa, os espero mañana en “La casa de los tres violines”, a las diez de la noche. Os aguarda una gran sorpresa —dijo mientras se alejaba insinuante y manteniendo su irónica sonrisa.

Pasamos todo el día y parte de la noche comprobando las páginas, eran legítimas, no había duda y nadie podía haber imaginado un final semejante. Sin embargo, la incertidumbre se instaló en nuestras mentes.

Mala Strana conserva todo su embrujo, las calles estrechas y empinadas le dan un aire misterioso y romántico. Llegamos a “La casa de los tres violines” a la hora acordada y allí nos aguardaba Amelie más deslumbrante que nunca; llevaba una carpeta bajo el brazo. Al saludarla, surgieron de la nada tres individuos que nos llevaron a empujones hasta un callejón.

—Registradlos —dijo Amelie—, tienen que llevar los papeles encima, no los dejarían en el hotel, son demasiado valiosos —terminó diciendo a los tres hombres.

Nos sujetaron por la espalda, nos metieron en la boca un enorme pañuelo y empezaron a desnudarnos. Los originales estaban en los bolsillos internos de las camisetas de ambos. No pudimos hacer nada. Nos patearon y se los llevaron.

No había otro final.

Regresamos por las empinadas calles al hotel Europa, nuestro tren salía a las siete de la mañana, teníamos tiempo. Sacamos la Walther P-38 guardada en la caja fuerte del hotel y volvimos a la calle Anezca. Las luces estaban encendidas. André sacó una llave maestra y abrió el portal, sigilosamente subimos la escalera y al llegar al descansillo, nos detuvimos para coger aire. Esperamos unos minutos y André tocó el timbre. Cinco disparos sonaron en la noche: uno para León, otro para Madame Tschissik, y los otros tres, para los hombres que nos desnudaron. Recuperamos el manuscrito y el dinero pagado.

En el tren, seguimos valorando la fuerza de este final que se entrelazaba en nuestras manos hiriéndolas.

PB